

A vertical decorative bar on the left side of the page, consisting of a series of colored squares. From top to bottom, the colors are: dark blue, medium blue, light blue, a large yellow square, light blue, medium blue, light blue, light blue, and white.

**LA CONSOLIDACIÓN DE  
DEMOCRACIAS JÓVENES:  
EJEMPLOS DE ALEMANIA,  
EUROPA DEL ESTE  
Y LATINOAMÉRICA**

**PROBLEMAS DE PARTIDOS  
POLÍTICOS EN DEMOCRACIAS  
MODERNAS: EXPERIENCIAS  
DE ALEMANIA, EUROPA  
DEL ESTE Y MÉXICO**

Prof. Dr. Hans-Joachim Veen



Konrad  
Adenauer  
Stiftung

**Fundación Konrad Adenauer**

Río Guadiana #3

Col. Cuauhtémoc

C.P. 06500 México D.F.

Tel: (+52) (55) 5566 4511

Fax: (+52) (55) 5566 4455

[www.kas.de/mexiko/es](http://www.kas.de/mexiko/es)

[kasmex@kas.de](mailto:kasmex@kas.de)

## ÍNDICE

Prólogo	5
I. La consolidación de democracias jóvenes: ejemplos de Alemania, Europa del Este y Latinoamérica Prof. Dr. Hans-Joachim Veen	7
II. Problemas de partidos políticos en democracias modernas: experiencias de Alemania, Europa del Este y México Prof. Dr. Hans-Joachim Veen	21



## PRÓLOGO

Actualmente, los partidos en todas partes del mundo enfrentan grandes retos: su estimación en la percepción pública es más que crítica, las filas de sus afiliados ya no representan una amplia gama de la sociedad en general como en otras épocas, la juventud está buscando otros canales de articulación y participación. Además, surge una fuerte demanda hacia más democracia directa, la así llamada "sociedad civil" en muchos casos se siente separada de la vida política oficial.

Si eso es cierto en democracias consolidadas con larga tradición partidaria, lo es aún más en países que más o menos recientemente salieron de sistemas autoritarios o que vieron interrumpidas sus historias democráticas por golpes, autogolpes o una inestabilidad política extrema.

Queda también mostrado –en este contexto hacen una contribución importante los textos del Prof. Dr. Hans-Joachim Veen, uno de los mejores conocedores de sistemas de partidos políticos en Alemania y Europa– que hay requisitos indispensables para partidos para mantenerse al tanto con el desarrollo socio-demográfico: uno de éstos es el permanente debate y desarrollo programático con sus bases, como lo ha mostrado la CDU en Alemania a lo largo de su historia. Es importantísimo para la identidad de un partido y su cohesión saber cómo sus valores básicos y tradicionales compaginan con los cambios sociales. Hay que contestar a las preguntas de los ciudadanos más allá del día a día de la política y tener las respuestas para el futuro, una visión de cómo se quiere la sociedad para las futuras generaciones.

Un segundo elemento de igual importancia es la transparencia y democracia interna de un partido: hoy más que nunca, los que se afilian a una organización política quieren tener voz y voto en sus decisiones. Cada vez menos aceptan cacicazgos establecidos o el dedazo desde arriba. Especialmente en América Latina, con su cultura política personalista, abundan ejemplos de partidos, una vez exitosos, han perdido por completo su legitimación y consecuentemente el apoyo popular por la inflexibilidad de sus líderes, por su incapacidad de organizar un cambio generacional, por su falta de disposición de retirarse a tiempo.

Los trabajos del Prof. Veen contienen muchos ejemplos sobre lo que hay que hacer y lo que hay que evitar. No es necesario repetir las mismas equivocaciones una y otra vez. La Fundación Konrad Adenauer con estos textos quiere contribuir a una reflexión crítica sobre el rol de los partidos políticos hoy en día y, en el mejor de los casos, al fortalecimiento de estos instrumentos indispensables para cualquier democracia.

Frank Priess  
Representante de la Fundación  
Konrad Adenauer en México



**LA CONSOLIDACIÓN DE DEMOCRACIAS  
JÓVENES: EJEMPLOS DE ALEMANIA,  
EUROPA DEL ESTE Y LATINOAMÉRICA**

Prof. Dr. Hans-Joachim Veen



# **LA CONSOLIDACIÓN DE DEMOCRACIAS JÓVENES: EJEMPLOS DE ALEMANIA, EUROPA DEL ESTE Y LATINOAMÉRICA**

Prof. Dr. Hans-Joachim Veen

Empecemos por preguntar un concepto siguiendo una buena tradición científica:

¿Qué significa consolidación democrática? ¿Cuándo se le puede considerar a una democracia como consolidada? Para responder a estas preguntas primero debemos precisar los conceptos. El término de la consolidación apareció en el orden del día científico a partir de la investigación sobre la transformación en el transcurso de los últimos veinte años, aproximadamente. Es decir, antes se hablaba de democracias estables o establecidas. Los cambios políticos, sociales y económicos en Europa del Este, entre 1989 y 1991, han dado pie a la investigación sobre la transformación que, como disciplina científica, surgió hace ya más tiempo, ha proporcionado mucho material ilustrativo y han provocado un auge fuerte de un sinnúmero de publicaciones. Los cambios de sistemas investigados son más o menos universales y se refieren al cambio del sistema político, económico y social. El cambio de este último es el más lento en llevarse a cabo y no ha concluido hasta hoy en día debido, por un lado, a los modelos conductuales practicados y aprendidos durante décadas y, por otro lado, debido a disposiciones sociales y psicológicas así como mentalidades desarrolladas en el transcurso de varias décadas. Por lo general, se puede decir que la investigación sobre la transformación que analiza los procesos de cambio en Europa Centro-Oriente y en Europa del Este seguirá tratando estos temas en los años y en las décadas venideros, ya que muchos de dichos procesos de transformación todavía no han terminado. El cambio de una dictadura comunista hacia una democracia de orden libre muchas veces se quedó estancado a la mitad del camino y con frecuencia no se pudo desarrollar un estado de derecho en el sentido amplio, mientras que la corrupción se ha extendido. En este contexto se pueden mencionar tanto Bulgaria y Rumania como los miembros más recientes de la Unión Europea así como la mayoría de los estados balcánicos, excepto Croacia. En algunos casos también ha habido desarrollos contrarios antidemocráticos; Rusia y Ucrania son ejemplos prominentes, ni hablar de Bielorrusia y de las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y de Asia Central.

Los procesos de transformación por lo regular son arduos y lentos, pueden cambiar de dirección y no se pueden planear ni controlar de manera precisa en cuanto a los resultados.

La investigación sobre la transformación, a la que nos limitaremos de ahora en adelante, distingue tres fases del cambio del sistema político:

1. Reemplazo del antiguo régimen por un cambio revolucionario o a través de negociaciones entre la antigua élite y la oposición al régimen;
2. La institucionalización de la democracia por una constitución y la implementación de las instituciones fundamentales de la constitución, como lo son el jefe de estado, el parlamento, el gobierno, el poder judicial y el sistema electoral, el cual en la mayoría de los casos no es clasificado formalmente como parte del derecho constitucional, pero lo es en lo que se refiere a lo material; y finalmente
3. La consolidación de la democracia.

La cuestión de la consolidación de democracias jóvenes se ha convertido cada vez más en una de las cuestiones centrales de la investigación de los procesos de transformación desde la segunda mitad de los años noventa. El desarrollo de partidos democráticos y sistemas de partidos, el sistema mediático y la formación de estructuras cívicas se consideran como los esenciales factores internos de la consolidación. Para Europa del Este se suman a los factores internos, los factores de la consolidación externa, como lo fue la perspectiva de adherirse a la Unión Europea y que se llevara a cabo; estos factores son importantes estabilizadores. Para muchos partidos la adhesión a alianzas de partidos europeos tuvo un efecto estabilizador.

Como hemos mencionado, la consolidación es la última fase en el proceso de transformación de la dictadura a la democracia, y es una fase que muchas veces es a largo plazo y que podría ser diferenciada todavía más. En primer lugar, no se puede distinguir claramente de la fase de la institucionalización de la democracia; más bien, está caracterizada por la aceptación permanente e incondicional de las instituciones democráticas y por la práctica activa de las reglas y los procedimientos democráticos. Analicemos más a detalle los dos conceptos decisivos "democracia" y "consolidación".

En primer lugar hay que precisar el término de la democracia, ya que existen pocos conceptos en la política que tanto han sido abusados, entre ellos el de la democracia.

La democracia es una de las metáforas más ambiguas de la historia del pensamiento político. Las dictaduras recurren a ella para disfrazar su ejercicio de poder déspota. Por ejemplo, los comunistas en Europa del Este intentaron usurpar el término reforzándolo tautológicamente, añadieron la palabra "popular" convirtiéndolo en "democracia popular". La dictadura del Partido Socialista Unificado Alemán (SED) gobernó en la llamada "República Democrática Alemana"

(RDA), y el presidente del gobierno ruso, Vladimir Putin, habla con miras a Rusia a partir de una "democracia dirigida".

En el caso de Rusia, de facto, todos los delicados principios de la democracia arrasaron desde principios de los años noventa y el país regresó a un autoritarismo poscomunista. Actualmente, se le puede llamar una autocracia de un nuevo tipo. Se dice "de un nuevo tipo" por el papel destacado de la economía nacional para la estabilización del sistema de gobierno. Su legitimización plebiscitaria difícilmente se puede negar, aunque esté basada más bien en la aclamación que en verdaderas elecciones, ya que éstas no son realmente libres e iguales y tampoco existe una competencia abierta entre los partidos, ni una vida pública libre de intervenciones por parte del estado antes de la celebración de elecciones. Al contrario, ha habido enorme presión sobre periodistas y opositores del régimen.

Sin embargo, es interesante observar que son precisamente los regímenes dictatoriales: comunista, fascista o nacionalsocialista, los que se han esforzado en el pasado y lo siguen haciendo hasta nuestros días, es decir, durante el transcurso de la historia, para proveerse con una supuesta legitimación a través de elecciones u otras formas de aclamación, sin importar que estas elecciones no fueran libres sino manipuladas y controladas por el estado. En esta necesidad de legitimación pseudo-demócrata también se puede observar cuando el ejercicio del poder está basado oficialmente en una ideología totalitaria, sea el nacionalsocialismo o el marxismo-leninismo. Por ejemplo, en la constitución de la República Democrática Alemana fue estipulado formalmente el marxismo-leninismo como ideología del estado. Los partidos comunistas solían justificar teóricamente su monopolio del gobierno como el "partido líder" en su papel de vanguardia, los únicos legítimos representantes de la ideología. En la práctica, sin embargo, atribuyeron gran importancia a las "elecciones" y querían remitirse a la población.

Por lo tanto, vale la pena precisar nuestro concepto de la democracia. Nos referimos al término como libremente constituida y representativa de tipo "occidental" cuando hablamos de la democracia en lo subsecuente: con derechos fundamentales, sufragio universal e igual para hombres y mujeres, con división de poderes, parlamentarismo, pluralismo, estado de derecho, etc. A este tipo de democracia desarrollada, constituida y pluralista, Robert Dahl la llamó poliarquía, un tipo de gobierno que está caracterizado por la diversificación del poder, un amplio pluralismo y la limitación democrática de los cargos políticos del gobierno. Esta democracia libremente constituida es un fenómeno del siglo XX que primero tuvo éxito en los Estados Unidos, y después de la Segunda Guerra Mundial tuvo un fuerte impulso en Europa del Oeste. En los años noventa, con el regreso de la democracia a Europa Centro-Oriente, tuvo algo de éxito ahí, mas no en toda Europa poscomunista. Para que una democracia pluralista o mejor dicho, una poliarquía exista, Dahl ha definido siete requisitos mínimos:

1. Las instituciones del gobierno tienen que ser representadas por gobernantes elegidos, los cuales tienen que responsabilizarse ante los electores.

2. Garantía a la celebración de elecciones libres y justas en intervalos regulares.
3. El derecho de ir a votar tiene que ser garantizado para todos los mayores de edad.
4. El derecho a ser votado tiene que ser garantizado para todos los mayores de edad.
5. La libertad de expresión y la crítica al gobierno tiene que ser garantizado sin correr peligro de persecución por vía penal.
6. Garantía al acceso de fuentes alternativas de información.
7. La libertad de asociación para asociaciones independientes, grupos de interés y partidos tiene que ser garantizada para hacer uso de los derechos arriba mencionados.

Esto aplica en lo referente a los requisitos mínimos que, sin embargo, no mencionan explícitamente algunos elementos importantes cualitativos del orden democrático libre. A nivel institucional, éstos son: derechos fundamentales y división de poderes, en particular estado de derecho y seguridad jurídica. Es de importancia vital para un estado y para sus ciudadanos si gobiernan los órganos estatales legitimados democráticamente y que haya un régimen de orden y ley, o si tienen el poder organizaciones con fines mezquinos que lo reclaman, puesto que cuando hay un régimen de pandillas de ladrones no solamente se acaba la democracia sino también con el estado soberano. A México se le puede desear el máximo éxito así como a su presidente admirable para enfrentar esta guerra por el estado de derecho y por la seguridad jurídica en la que se ve expuesta actualmente. Hasta aquí mi intervención en cuanto a las condiciones institucionales de una democracia consolidada. A nivel conductual tiene que establecerse una cultura política democrática, sobre todo una cultura de disputa que evite que surjan alianzas y conflictos entre amigos y enemigos y donde se trate únicamente de controversias legítimas.

De acuerdo con eso, la Unión Europea ha sentado más altas las bases de los estándares democráticos para los posibles candidatos de adhesión que el mero cumplimiento con los requisitos mínimos de Robert Dahl. En sus criterios de Copenhague, decididos en 1993, en preparación a la ampliación hacia el este de la Unión Europea y que fueron aceptados al tratado de la Unión Europea con el tratado de Ámsterdam de mayo de 1999, se enfoca a los criterios políticos que "la Unión [...] está basada en los principios de la libertad, la democracia, el respeto por los derechos humanos y las libertades básicas así como el estado de derecho". Referente a los criterios políticos, se atribuye gran valor al respeto de las instituciones democráticas y a su capacidad de rendimiento, a la protección de las minorías y al combate exitoso de la corrupción. Por consiguiente, por lo menos para el espacio de la Unión Europea aplica un concepto de la democracia mucho más ambicioso. Cuando de ahora en adelante hablamos de la democracia, nos referimos al tipo de orden democrático libre "occidental" con derechos fundamentales, división de poderes, parlamentarismo, pluralismo

y estado de derecho –desde luego con las garantías procedurales como Dahl los presenta–. La concepción de la consolidación democrática dentro del debate científico es mucho más controvertida. ¿Cuándo se puede decir que una democracia está consolidada? ¿Cuáles requisitos hay que cumplir para ello? Como frecuentemente es el caso en la ciencia, no existe una definición universalmente aceptada hasta hoy, más bien hay muchas definiciones minimalistas y maximalistas que compiten entre ellas. Intentemos, pues, acercarnos al concepto. En general, se puede entender la consolidación como un proceso que, como hemos dicho, tardaría mucho tiempo. Es un proceso en el que la confianza mutua de los actores políticos tendría que llegar a tal grado que exista una competencia justa y abierta por los cargos políticos limitados temporalmente.

Las reglas e instituciones de la adquisición del poder, del control y de la pérdida del mismo tienen que ser aceptadas y acordadas por las élites de todo el espectro político, por lo tanto no puede haber actores políticos relevantes que actúen fuera de las instituciones democráticas o que parezcan dispuestas a hacerlo. Los que perdieron el poder deben estar dispuestos a recuperarlo sólo en el marco de las reglas de juego democráticas. El cambio de gobierno democrático no sólo tiene que ser posible teóricamente, sino efectuarse por lo menos dos veces. Esto por lo menos es lo que exigen, aparte de otros, los investigadores sobre la transformación empíricos, Carsten Q. Schneider y Philippe C. Schmitter, en un ensayo importante del año 2004.

En la concepción de la consolidación que acabamos de esbozar se subrayó claramente el papel de las élites políticas para la consolidación democrática. El investigador del tema de la transformación, Geoffrey Pridham, se funda de manera implícita en este concepto de la consolidación cuando habla de “consolidación negativa”. Según él, ésta sólo es negativa cuando todos los actores relevantes, es decir, las élites políticas, no violan las reglas, aunque sea sólo porque dentro de las estructuras existentes no ven posibilidades de realizar una alternativa de sistema autoritaria. Hay que reconocer que ésta es una concepción de consolidación muy frágil, además de ser referente única y exclusivamente a las élites que sólo establecen requisitos mínimos para los actores. Pridham contrasta este concepto con el de la “consolidación positiva”, con el cual el sistema democrático gana confianza y estabilidad:

Positive consolidation places more emphasis on attitudinal patterns, and it refers especially to wider or deeper levels of the overall process. It includes the inculcation of democratic values at both: elite and mass levels, and, therefore, it involves some remaking of the political culture in a direction that is system-supportive for a new democracy.

Por consiguiente, la consolidación positiva subraya el desarrollo de estructuras cívicas. Únicamente se pueden considerar consolidadas las democracias cuando existe una sociedad civil. Un papel fundamental y central en este contexto tiene la cuestión del desarrollo de una cultura política democrática.

Existe una definición que en mi opinión es la mejor, ya que es la más sintetizada de la democracia consolidada e incluye factores referentes a las élites, la sociedad civil, las instituciones constitucionales, sobre todo en factores económicos, y por lo tanto se puede considerar muy ambiciosa y una definición maximalista. Esta definición es presentada por el germano-estadunidense Juan J. Linz y el húngaro Alfred Stepan:

We believe that consolidated democracies need to have in place five interacting arenas to reinforce one another in order for such consolidation to exist. There is an additional factor involved. Democracy is a form of governance of a state, without the existence of a state, there cannot be a consolidated modern democratic regime.

If a functioning state exists, five other interconnected and mutually reinforcing conditions must also exist or be crafted for a democracy to be consolidated. First, the conditions must exist for the development of a free and lively civil society. Second, there must be a relatively autonomous and valued political society. Third, there must be a rule of law to ensure legal guarantees for citizens' freedoms and independent associational life. Fourth, there must be a state bureaucracy that is usable by the new democratic government. Fifth, there must be an institutionalized economic society.

Parte de una "lively civil society", que tanto elogian Linz y Stepan, obviamente son unos medios de comunicación libres. Ellos tienen un papel central en el desarrollo y la consolidación de democracias jóvenes. Unos medios de comunicación políticamente independientes son simplemente un elemento constitutivo para la democracia. No puede haber un público crítico, ni competencia política, ni un debate público sin un sistema de medios apto para funcionar. Es precisamente aquí donde todavía en la actualidad hay muchos déficits en las democracias jóvenes de Europa Oriente-Central, ni hablar de Europa del Este, ya que muchas veces están subdesarrolladas la responsabilidad política y una ética mediática específica de los medios de comunicación. Sólo es a través de éstos que la sociedad civil en sus diversas formaciones se puede pronunciar de manera duradera, y con el peso adecuado en el proceso de la formación de opinión política.

En este proceso de formación de opinión política, por supuesto los partidos políticos también tienen un papel fundamental, aunque desde hace tiempo ya no marcan la pauta en este proceso, sino compiten con muchos actores más. Uno de estos actores son los medios de comunicación en su doble papel de contribuir a la formación de opinión política, por un lado, y en su función de informar, por el otro. Otros actores son por ejemplo los grupos de interés, iniciativas ciudadanas y prominentes personalidades de toda clase. Los *talkshows* pueden llegar a tener más peso político que congresos de partidos. El actuar de los partidos en el proceso de la formación de la opinión política ha llegado a ser caracterizado más bien por la reacción que por la acción y la iniciativa. A pesar de la pérdida de la competencia de fijar la agenda política y a pesar del desprestigio público,

al final de ellos se espera que resuelvan los problemas del presente. Y si bien es el caso que ya no sean los que inicien el proceso de formación de opinión política, por lo menos deben encontrar las buenas respuestas a las preguntas de los demás. Y efectivamente, es ésta la razón por la que existen. La democracia moderna no puede prescindir de los partidos. Ellos tienen la función de ser las bisagras entre la sociedad y el estado. Ellos son los responsables de la formación de la voluntad política y de la toma de decisiones. Ellos desarrollan conceptos para el gobierno y para el desarrollo formal de la estructura de la economía y de la sociedad y compiten por su implementación en la vida pública democrática. Son los partidos los que reclutan a los dirigentes políticos y presentan a los candidatos en las elecciones para ocupar los cargos políticos y finalmente para asumir la responsabilidad gubernamental durante un cierto período. La democracia en la sociedad moderna de masas es forzosamente una democracia de partidos y son esencialmente los partidos los que legitiman la democracia por su manera de actuar, es decir, por su papel en la formación de la voluntad política y su participación en las elecciones, y también por la manera de cómo llevan a cabo el debate público acerca del bienestar común. Los partidos políticos, por lo tanto, son una escala graduada importante para la consolidación de democracias jóvenes. Cuando ellos fracasan, la democracia libre corre el peligro de convertirse en otro tipo de orden político o en otras formas no democráticas del ejercicio de poder.

Aunque los sistemas de partidos en las democracias jóvenes de Europa Oriente-Central por lo general están sometidos todavía a fuertes cambios y siguen siendo frágiles, se puede hacer una clasificación según el grado de la calidad de consolidación. Se pueden considerar como democracias consolidadas los siguientes estados: Polonia, la República Checa, Hungría, Eslovaquia, Estonia, Letonia y Lituania, y actualmente Croacia y Eslovenia en su calidad de estados de Europa del Sur. Pero la respuesta más fehaciente se puede dar, para el caso de la antigua RDA, que se adhirió con sus cinco estados federados el 3 de octubre de 1990, a la República Federal de Alemania y al territorio de vigencia de su ley fundamental.

Con este acto se realizó la reunificación de Alemania, que fue dividida desde 1945. Sin embargo, los nuevos estados federados estuvieron en una situación privilegiada en comparación con sus estados vecinos poscomunistas. Ellos pudieron adoptar de la noche a la mañana el orden fundamental demócrata y la economía social de mercado e incorporarse a su orden del estado democrático.

A partir de ese momento se aplicaron los mismos estándares democráticos, jurídico-estatales y económicos de la República Federal de Alemania a los nuevos estados federados y comenzó un flujo de transferencias financieras del oeste hacia el este que continuará hasta el año 2019. No obstante, la liquidación de la arruinada economía nacional de la RDA y su transformación en un orden de economía social de mercado tardó varios años, aunque hoy en día esta tarea se ha llevado a cabo en su mayor parte. Las diferencias en las estructuras económicas se siguen manifestando en Alemania del Este, donde predominan las

pequeñas y medianas empresas. Asimismo, las diferencias se manifiestan en la productividad, que alcanza aproximadamente 75 o 80 por ciento de la productividad en Alemania del Oeste. Las diferencias también se ven reflejadas en la tasa de desempleo que en promedio en Alemania del Este es dos veces más que en Alemania del Oeste (12 por ciento, en comparación con el 6 por ciento respectivamente). Existen diferencias considerables en cuanto a las distintas maneras de socialización política, en el comportamiento social y en las mentalidades. La vida en la dictadura con un aparato de vigilancia altamente desarrollado y una economía planificada ineficiente han marcado a las personas en la parte oriental de Alemania durante décadas y siguen tendiendo su efecto en los mayores de edad. A pesar de todo, es innegable que los ciudadanos de esta región han emprendido un enorme esfuerzo de transformación y han realizado considerables procesos de aprendizaje. Para ellos, casi todas las condiciones de vida cambiaron de la noche a la mañana de manera fundamental y la mayoría se ha adaptado notablemente rápido a las reglas de la democracia y de la economía social de mercado. Sólo es un 10 por ciento que tiene cierta nostalgia por la antigua dictadura. Sin duda se puede decir que los cinco nuevos estados federados de Alemania Oriental son por lejos la democracia más consolidada en comparación con los estados vecinos anteriormente comunistas. Hace mucho tiempo que llegaron a los niveles democráticos, en cuanto a la democracia de la República Federal Alemana se refiere.

Respecto de Europa del Este, esta apreciación tiene que ser más diferenciada, ya que es necesario subrayar la diferencia entre los estados en transformación de Europa Central, los estados de Europa del Este y de Europa del Sur, pues los últimos en su mayoría no pueden ser calificados como democracias consolidadas, y en algunos casos incluso se tienen que denominar como autocracias.

Por último, me atrevo a dirigir una mirada hacia Latinoamérica, y me voy a apoyar en el "Map of Freedom 2010" de Freedomhouse, una ONG independiente con sede en Londres. La gran mayoría de los estados latinoamericanos son denotados como democracias consolidadas, aunque no se aplicaron criterios maximalistas como los que acabamos de exponer en párrafos anteriores, sino más bien se aplicaron unos requisitos mínimos, especialmente porque en la mayoría de los casos, los sistemas de partidos en Latinoamérica son subdesarrollados, excepto Argentina y Chile, donde existen estructuras de partidos relativamente estables que se desarrollaron en el transcurso del tiempo. Cuba es calificada como claramente antidemocrática; mientras Venezuela, Colombia, Ecuador, Bolivia, Paraguay, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras así como Haití están en algún lugar entre estructuras formalmente democráticas y autoritarias, pero no se pueden considerar como democracias consolidadas. En el caso de México, se puede hablar de la calidad de una democracia consolidada sólo en el pasado muy reciente, con el final oficial de la posición hegemónica del PRI en el año 2000 cuando por primera vez fue elegido un presidente que no surgió de las filas del PRI: Vicente Fox. A lo mejor pudiéramos remontarnos a 1997 cuando el PRI perdió la mayoría absoluta en el Congreso nacional, o a

1989 cuando el PAN por primera vez ganó las elecciones de gobernador en Baja California y el PRI ya no colocó todos los puestos de gobernadores. Quizá se podría decir también que la dudosa victoria de Carlos Salinas de Gortari sobre Cuauhtémoc Cárdenas en 1988 fue la primera censura no oficial desde la cual la hegemonía que se había establecido en el transcurso de varias décadas se empezó a tambalear. A partir de entonces el sistema de partidos se ha diversificado, y parece que la hegemonía del PRI con un sistema de facto autoritario –a pesar de la constitución democrática de 1917– está quebrantada. No obstante, todavía es necesaria mucha cautela, ya que el gobierno del PRI que duró más de dos generaciones seguramente continúa causando efectos. Las redes una vez establecidas son muy resistentes, esto seguramente ustedes lo sabrán evaluar mejor que yo.

Mi apreciación es que la sociedad civil, las virtudes cívicas, el valor cívico y el compromiso político son elementos que sólo se pudieron desarrollar con mucho retraso y deberían de ser fomentados de manera decidida por parte del estado mexicano para evitar un regreso a estructuras autoritarias de este hermoso país. Una amplia formación política, como se lleva a cabo en Alemania, podría ser de ayuda. Un tema de especial importancia en este contexto debería ser el desarrollo de una cultura democrática de los partidos a la cual éstos pueden contribuir de manera decisiva, entendiéndose a sí mismo como escuelas de la democracia. Por su parte, los ciudadanos deberían de participar en esta consolidación de la democracia. Las oportunidades para lograr un pluralismo de partidos duradero, con dos partidos populares, una función estabilizadora y algunos partidos pequeños, con una función de estimular el diálogo, todavía pueden ser aprovechadas, y no están mal, considerando también las últimas elecciones a los congresos regionales. Aunque, creo, hace falta marcar más claramente las líneas de conflicto entre los partidos.

Una mirada retrospectiva a la historia de las dictaduras y las democracias del siglo XX en el mundo nos amonesta a tener precaución, ya que nos enseña lecciones contradictorias.

Por un lado nos enseña que la libertad política y la dignidad humana, la sociedad civil y la democracia pluralista cada vez se tienen que defender siempre contra la obsesión por el poder de algunos, contra los partidos monopolistas o contra la pretensión de ser absoluto de ideologías totalitarias, y que la libertad y la democracia muchas veces se quedaron en la estacada, así lo demuestran actualmente Rusia, Ucrania o Venezuela. Por otro lado –citando al gran historiador universal inglés, Eric Hobsbawm–, el siglo de las dictaduras nos enseña que “se puede gobernar en contra del pueblo completo por un cierto período, gobernar en contra de un cierto número de personas permanentemente, pero nunca se puede gobernar en contra del pueblo completo para siempre”. Éste es su resumen de la historia universal del siglo XX. Su visión si bien nos permite cierto optimismo a largo plazo, también implica que la democracia sigue siendo amenazada en todo momento. Esto aplica especialmente a las democracias jóvenes consolidadas de las que también forma parte México.

La democracia seguramente es la forma de estado más frágil por ser la más libre de la historia reciente. Bien es cierto que tiene su precio: ciudadanas y ciudadanos despiertos, bien informados, seguros, críticos y activos que la sostienen y que la defienden cuando la libertad que empieza con la libertad de expresión está amenazada. Según demuestra la experiencia, es un proceso que se lleva a cabo paulatinamente cuando la democracia empieza a desmoronarse. Empieza con la indiferencia política y el desconocimiento de las personas de lo que significa un régimen dictatorial y continúa cuando se logra la intimidación y cuando ya no hay valor cívico. La democracia se alimenta por el valor de los demócratas, y este espíritu se tiene que adquirir de nuevo de generación en generación. La democracia precisamente no se hereda con los genes y las personas no nacen como seres políticos. El ser humano como *Zoon Politikon*, como "animal político" en el sentido aristotélico, es el resultado de un proceso continuo de educación y aprendizaje. De ninguna manera es una constante antropológica. La democracia necesita de demócratas que hacen uso de su libertad para actuar, que se entienden como "citoyen", es decir, como ciudadanos y no solamente como bourgeois, o burgueses, como lo ha diferenciado tan preciso Jean-Jacques Rousseau. La democracia está en constante peligro; nunca está asegurada de manera permanente y nunca es algo sobreentendido. Vale la pena que la vigilemos atentamente.





**PROBLEMAS DE PARTIDOS POLÍTICOS  
EN DEMOCRACIAS MODERNAS:  
EXPERIENCIAS DE ALEMANIA,  
EUROPA DEL ESTE Y MÉXICO**

Prof. Dr. Hans-Joachim Veen



# **PROBLEMAS DE PARTIDOS POLÍTICOS EN DEMOCRACIAS MODERNAS: EXPERIENCIAS DE ALEMANIA, EUROPA DEL ESTE Y MÉXICO**

Prof. Dr. Hans-Joachim Veen

Una mirada a la demoscopia pone en evidencia la contradicción común entre los partidos políticos y la democracia; la aprobación a la democracia por lo general es alta, sin embargo los partidos y los políticos son percibidos de manera crítica, en algunos casos hasta con desprecio. Se trata de un fenómeno mundial con algunos matices graduales, pero en algunas partes alcanza dimensiones críticas, por ejemplo en México. Los partidos tradicionalmente tienen una mala reputación; son considerados como obsesionados por el poder, a veces corruptos, otras veces como rígidos e inflexibles y, en el mejor de los casos, simplemente se les considera incompetentes. Obviamente una u otra de estas percepciones son bastante acertadas. Hasta aquí una mirada crítica empírica.

La politología, a su vez, no solamente pregunta por lo que ya existe y por las maneras de adquirir y conservar el poder político, y finalmente, por cómo se pierde, también realiza preguntas normativas, es decir, cuáles son las consecuencias que se derivan de estos defectos. Como no podemos prescindir de los partidos: ellos son las bisagras entre la sociedad y el estado, por consiguiente, más que nunca, tenemos que reflexionar sobre su capacidad de funcionar y debatir reformas. "Una democracia sin partidos es un acto sumamente caótico", dijo alguna vez uno de los investigadores a los partidos más importantes a nivel mundial de manera lapidaria. Informalmente se ha dicho que fue intencionado, puesto que un acto caótico ya no tiene que ver con la democracia, porque es un caos, o es el germen de un gobierno no democrático.

Por ello deberíamos llegar a un acuerdo sobre el concepto de la democracia, ya que existen pocos conceptos en la política que tanto han sido abusados como lo es la democracia.

Nos referimos al término de la democracia como libremente constituida y representativa de tipo occidental cuando hablamos de ella en lo subsecuente: con derechos fundamentales, sufragio universal e igual para hombres y mujeres, con división de poderes, parlamentarismo, pluralismo, estado de derecho, etc. A este tipo de democracia desarrollada, constituida y pluralista, Robert Dahl la llamó poliarquía. Se trata de un tipo de gobierno que se caracteriza por la diversificación del poder, un amplio pluralismo y la limitación democrática de

los cargos políticos del gobierno. Esta democracia libremente constituida es un fenómeno del siglo XX que primero tuvo éxito en los Estados Unidos, y después de la Segunda Guerra Mundial experimentó un fuerte impulso en Europa del Oeste. En los años noventa, con el regreso de la democracia a Europa Centro-Oriente fue parcialmente exitosa; aunque esto no aplica para toda la Europa poscomunista en su conjunto.

Para que una democracia pluralista o, mejor dicho, una poliarquía exista, Dahl ha definido siete requisitos mínimos:

1. Las instituciones del gobierno tienen que ser representadas por gobernantes elegidos, los cuales tienen que responsabilizarse ante los electores.
2. Garantía a la celebración de elecciones libres y justas en intervalos regulares.
3. El derecho de ir a votar tiene que ser garantizado para todos los mayores de edad.
4. El derecho a ser votado tiene que ser garantizado para todos los mayores de edad.
5. La libertad de expresión y la crítica al gobierno tienen que ser garantizados sin correr peligro de persecución por vía penal.
6. Garantía al acceso de fuentes alternativas de información.
7. La libertad de asociación para asociaciones independientes, grupos de interés y partidos tiene que ser garantizada para la posibilidad de hacer uso de los derechos arriba mencionados.

Es imperativo que estos requisitos existan no sólo nominalmente, es decir, en teoría, sino tienen que verse reflejados en el sistema político. No obstante, la democracia libremente constituida exige más aún. Es un acto altamente complejo basado en una abundancia de principios y condiciones previas con la misma validez cada uno.

Si hablamos de los requisitos a nivel institucional, nos referimos en primer lugar a los derechos fundamentales y a los derechos humanos, así como a los derechos de las minorías, la división de los poderes y un equilibrio del poder, la delimitación del estado frente al individuo y –de suma importancia– una justicia independiente y al estado de derecho.

A nivel conductual, hace falta además una cultura política democrática, sobre todo una cultura de disputa que evite que los contrincantes políticos se conviertan en amigos o enemigos y que haya en cierto sentido un estado de guerra. Además, se necesita una sociedad civil que brinde diversas posibilidades para organizarse de manera independiente, en la cual se pueden fundar clubes, asociaciones, grupos de interés, movimientos ciudadanos, y donde existan otras formas de expresión para participar en la vida política.

La democracia por consiguiente no engloba solamente un orden de gobierno, ni tampoco es únicamente una técnica para adquirir el poder, sino que significa una forma de vida en la cual las personas que viven dentro de ella se puedan

desarrollar libremente y vivir de manera autodeterminada según sus capacidades e inclinaciones. Asimismo, tienen que llegar a un acuerdo sobre la forma de su gobierno. Por lo tanto, no sorprende que la democracia, como gobierno y como modelo de vida, es la más frágil por ser un estado más libre de la historia reciente, que también tiene su precio: ciudadanas y ciudadanos despiertos, bien informados, seguros, críticos y activos que la sostienen y que la defienden cuando la libertad, que empieza con la libertad de expresión, está amenazada. La democracia no puede existir sin demócratas ni tampoco sin partidos políticos capaces de funcionar. Para los alemanes la experiencia de la rápida caída de su primera república (1918-1933), la llamada República de Weimar, la cual fue arrasada por los nacionalsocialistas, es algo que quedó arraigado profundamente en la conciencia colectiva.

Según Dahl, los partidos políticos aptos para funcionar, son por definición una de las condiciones previas para que una democracia permanezca capaz de actuar. Son los principales responsables de la formación de opinión y de la voluntad política. Son ellos los que articulan y agregan los intereses políticos; desarrollan los objetivos y los programas políticos en competencia con los demás; integran los diferentes estratos sociales, confesiones e ideas, y los reconcilian en un común denominador. Tienen la función de mediar entre los ciudadanos y los diferentes órganos estatales, entre los niveles social y estatal, y finalmente tienen el cometido de asegurar la comunicación interactiva entre los dos. Los partidos contribuyen a la socialización política de los ciudadanos y fomentan su participación política. Reclutan al personal ejecutivo, a los dirigentes políticos y presentan a candidatos en las elecciones para ocupar cargos políticos para luego asumirlos por un cierto período e implementar decisiones políticas en el parlamento y en el gobierno de acuerdo con sus objetivos.

Con estas características hemos expuesto muy brevemente cuáles son las clásicas funciones normativas e ideales de los partidos políticos en las democracias parlamentarias. Estas funciones ilustran que en la sociedad moderna de masas la democracia forzosamente implica una democracia de partidos y que son principalmente éstos los que la legitiman por su manera de actuar, es decir, por su participación en elecciones, por su modo de contribuir a la formación de la voluntad política y por un gobierno responsable. Con ello, los partidos tienen una inmensa responsabilidad. Aunque sea difícil reconocerlo, siempre hay que recordarlos de su cometido. Por ello, también su orden interno tiene que estar de acuerdo con los principios democráticos, tiene que haber democracia dentro del partido. Y, aunque a veces les sea difícil asumirlo, también son escuelas de la democracia y su rol dentro del sistema tiene que ser reflejado.

Los partidos son conformados por los ciudadanos, los cuales se juntaron por su compromiso de perseguir los mismos objetivos políticos. Los más grandes e importantes son los llamados partidos populares, el PAN y el PRI se pueden incluir en este concepto, en Alemania son el partido cristianodemócrata CDU y el partido socialdemócrata SPD. Estos partidos son –metafóricamente hablando– edificios que tienen muchos departamentos con diferentes moradores, es

decir, diferentes alas políticas y diferentes grupos. No se trata de organizaciones homogéneas en sus intereses, sino son más bien estructuras heterogéneas. Por eso mismo, su tarea principal debe ser la integración, lo cual significa el continuo empeño de cohesionar, reunir y reconciliar diferentes intereses sociales, económicos y culturales; reconciliar diferentes confesiones o aconfesionales así como reunir diferentes estratos sociales, ideas, opiniones y corrientes bajo un techo programático común. La mayor parte de esta tarea principal de integración –que es un gran arte para los dirigentes– es realizada en el trabajo minucioso que se hace todos los días en los diversos gremios. La integración política es un acto de equilibrio permanente entre diversidad y unidad dentro de una organización sumamente plural.

Sin embargo, como cualquier organización altamente compleja, los partidos están expuestos a peligros que tienen su origen tanto en el interior como en el exterior del mismo. En el interior se trata de tendencias de autoaislamiento comunicativo, es decir, la orientación hacia las propias necesidades y hacia los “Insiders” y las jerarquías entre los funcionarios, lo cual abarca el peligro de llegar a un llamado “régimen de los jefazos”, como lo ha denominado alguna vez el canciller alemán Helmut Kohl (1982-1998) de manera autocrítica. También es un hecho de que existe una tendencia que por más tiempo que un partido ejerza el gobierno, crece la “prepotencia del poder”. A esto se suma la frecuente lentitud en reaccionar a nuevos desafíos, ya que los intereses tradicionales de los partidos van en contra de ello. Aparte, existe una tendencia hacia la inflexibilidad, la burocratización y la separación de los verdaderos problemas de la gente. Los partidos están en continuo peligro de convertirse en reuniones privadas, en llamados *closed shops*, que sólo selectivamente perciben los cambios de la situación política y las preocupaciones de las personas. Si un partido actúa de manera inteligente, debe crear mecanismos a nivel institucional para contrarrestar estos procesos de desacoplamiento. A este efecto pueden recorrer tanto a encuestas demoscópicas como a chat-rooms en Internet y a otras formas de la comunicación directa.

Pero este cometido de integrar y de guiar es cuestionado por factores que se deben a cambios en el electorado y a cambios sociológicos, como por ejemplo el poder del veto de las grandes asociaciones y sindicatos, así como por las tentaciones populistas de la democracia mediática. La integración política es la tarea principal en las democracias pluralistas y es un continuo proceso político-comunicativo que debe ser organizado de nuevo cada vez. Este proceso requiere mucha paciencia y un alto grado de tolerancia a la frustración por parte de los políticos. Max Weber, el gran sociólogo alemán, alguna vez ha comparado la política con un fuerte y lento perforar sobre duras tablas. Es precisamente esto lo que requiere el cometido de la integración política.

Los partidos están en un constante dilema entre las diferentes generaciones, diferentes estilos de vida, intereses y expectativas. El arte consiste en permearse en todas las generaciones, comprometer a la parte del electorado de personas mayores, y al mismo tiempo ganar los votos del creciente número de personas de

la siguiente generación que ya no tiene una identificación tan fija con un partido específico. Este grupo de personas que muchas veces proviene de la generación joven y mediana, por lo común cuenta con una mejor formación profesional, mayor emancipación y con una mayor distancia a la actividad política. El peso de estos electores que no votan siempre al mismo partido ha aumentado cada vez más en las democracias modernas. En Alemania, el grupo de votantes que no tiene una identificación muy marcada con un partido específico, es decir, que no acude a las urnas votando según ha sido tradición, representa el cincuenta por ciento del electorado. Entre estos votantes existe una tendencia muy común de no acudir a las urnas. Los que no votan siempre al mismo partido determinan cada vez más el resultado de las elecciones.

Forma parte del cometido de los partidos no permitir que pierdan el vínculo a los cambios sociales. Esto requiere de una alta medida de sensibilidad y un espíritu abierto para las necesidades sociales, transformaciones y cambios de valores así como para los cambios de paradigmas políticos, por ejemplo para nuevos intereses y nuevas líneas de conflicto en la política. Una de éstas representa el conflicto entre ecología y economía que en Alemania implica tener debates políticos altamente polémicos con respecto a las energías renovables frente a la energía nuclear o el coche del futuro con pila, por un lado, y frente al coche que funciona con gasolina, por el otro.

Desde luego, en una sociedad moderna caracterizada por los medios de comunicación, los partidos ya no marcan la pauta en cuanto a la formación de la voluntad e iniciativa política, y ya no son los únicos que influyen en la política, pero tampoco deberían de tener un tal monopolio. De hecho, desde hace mucho tiempo comparten el escenario político con otros actores y compiten con ellos, en particular con los medios de comunicación que tienen un doble papel, por una parte fungen para la formación de opinión y, por otra, como medio de comunicación. También compiten con los grandes grupos de interés y con personas prominentes de todo tipo. Principalmente son ellos los que determinan la agenda política; desde hace mucho tiempo ya no es la primera competencia de los partidos. Los temas y la polémica de los debates políticos se desarrollan en los medios de comunicación, en talkshows y reportajes, comentarios de prominentes personalidades, muchas veces de iniciativas ciudadanas, dejando a un lado los partidos políticos y sin posibilidad para éstos de interferir en estos procesos. El actuar de los partidos en muchas ocasiones está caracterizado más por reacción que por acción. Con frecuencia intentan estar al pendiente del diálogo público, rara vez lo inician y lo marcan de manera decisiva.

A pesar de la pérdida de la competencia de fijar la agenda política y a pesar del desprestigio público, al final se espera de ellos que resuelvan los problemas del presente. Y si bien es el caso que ya no planteen las preguntas, por lo menos deben encontrar las buenas respuestas. Y de hecho, ésa es precisamente la razón por la que existen. Es la consecuencia de su posición privilegiada en las elecciones, en la ocupación de los cargos políticos y su gobierno por un cierto período que caracteriza al orden fundamental libre demócrata. Esto aplica

especialmente cuando se trata de democracias con un sistema de gobierno parlamentario en el que los gobiernos forzosamente son gobiernos de partidos, la responsabilidad para las elecciones y la dirección política está únicamente en manos de los partidos.

En democracias presidencialistas como es el caso en México, la responsabilidad política de los partidos abarca una visión menos restringida, ya que el presidente está a cargo de gestionar el gobierno y tiene que buscar constantemente mayorías. El sistema de gobierno parlamentario que predomina en Europa del Oeste, del Este y en Europa Central obliga a los partidos políticos de asumir su responsabilidad y este sistema ha probado su eficacia.

Por ello, lo fundamental para los partidos es el trabajo programático y tratar de ganar en su competencia de actuar, es decir, el trabajo programático permanente que implique, en el mejor de los casos, un máximo de conocimiento de expertos y que reúna a los grupos más importantes y los intereses predominantes. Es la parte central del trabajo de un partido y desgraciadamente es abandonado de manera negligente por muchos partidos.

¿Por qué es tan importante el trabajo programático? Porque tiene que dar respuestas. Empieza con un análisis real de los problemas políticos del presente y va dirigido a un diagnóstico anticipado de los problemas del mañana y a su solución a través de los medios adecuados. En su programación el partido determina sus áreas de problemas y sus propios objetivos, expone de qué manera y con qué medios quiere lograrlo. Por eso, el trabajo programático es una tarea continua que debe realizarse y hacerse de manera periódica. Yo mismo he sido parte de dos comisiones para el CDU, que trabajaban en el ámbito de la programática básica del partido, primero en 1978 y en 1994, después de la reunificación. Aparte de eso, naturalmente existen programas a corto plazo, programas de acción, programas temáticos de prioridades específicas, como la educación, investigación, vivienda, inversiones económicas y muchos temas más. Cabe destacar que si bien es verdad que nadie lee los programas electorales, es cierto que como posibles programas de gobierno pueden adquirir suma importancia posteriormente. El trabajo programático es en alta medida un trabajo de integración en un proceso en el que debería de estar involucrado el máximo de personas en su calidad de expertos o afectados. El trabajo en programas de partidos que tengan sustancia y que quieren resaltar la competencia de un partido para la solución de problemas, es un trabajo intelectual y científico muy arduo que necesita mucho tiempo y que no puede hacerse de pasada por un joven asesor técnico.

En este proceso los partidos tienen que entenderse a sí mismos cada vez más como moderadores o presentadores de la formación de voluntad y del proceso de la toma de decisiones y no como únicos actores. Cuando las iniciativas ciudadanas, los movimientos *single-issue-movements*, intereses económicos, culturales o sociales se articulen de manera enérgica, esta expresión no debería de percibirse como un tipo de competencia desleal, sino como contrincantes legítimos y posibles socios en el proceso de la formación de voluntad política.

Los partidos que quieren estar al tanto tienen que desarrollar más allá de esto nuevas formas de la democracia directa y de la comunicación en el partido y entre sus militantes. Ellos precisamente son los *citoyen*, los ciudadanos activos que se distinguen por sus virtudes cívicas de los demás. Son los que quieren influenciar, tomar iniciativas, participar en la toma de decisiones y asumir responsabilidad. Para estos activistas de un partido, su compromiso debe de tener más peso, se les debería de atribuir más responsabilidad y su trabajo debería de ser más fascinante e interesante. Habría que exigirles más participación dentro del partido, empezando por la designación de candidatos para cargos públicos, pero también para cargos dentro del partido hasta el debate de su programa y sus posicionamientos.

Para el interenlace comunicativo y la discusión política dentro del partido, pero también entre los partidos y los electores, el *world-wide-web* en su versión interactiva 2.0 tiene un papel cada vez más importante. "Revolución 2.0. Un susto para regímenes autoritarios", éste fue el título que resaltó Frank Priess recientemente en un artículo sobre el perfeccionamiento de la cultura digital y de la comunicación política en Latinoamérica. Los partidos hacen bien si integran en sus jerarquías una alta medida de participación y cogestión concreta de los ciudadanos activos, y si también involucran a los nuevos medios de comunicación. En caso contrario existe la amenaza de un retroceso a estructuras patriarcales como lo presenciamos desgraciadamente una y otra vez –también en Alemania–, o incluso se llega paulatinamente a un retroceso de la democracia a regímenes posdemocráticos, es decir, regímenes más o menos autoritarios en los que sólo las meras formas se mantienen.

Los partidos también deberían de abrirse para interesados, para simpatizantes y para los que no pretenden adherirse de manera formal pero que están dispuestos a cooperar en algunas partes, y que contribuyen con su conocimiento y un compromiso muy concreto, como es el caso de las campañas electorales en los Estados Unidos. Por consiguiente, deberían de buscarse nuevas formas de organizar a los interesados y simpatizantes.

No por último hay que mencionar que también la organización de los militantes in situ debe ser una de las prioridades para los partidos, ya que aquí se encuentra su verdadero potencial. Los militantes son el "cordón umbilical" de los electores in situ, de ahí se reclutan los futuros dirigentes políticos; ellos deciden sobre la capacidad de enfrentar el futuro. Los militantes son como los sensores más auténticos para averiguar constancia o cambios dentro de una sociedad, son sus "ojos y oídos", y son los multiplicadores no sólo en campañas electorales, sino son los que acuñan la imagen persistente de un partido.

Por ello –y con estas reflexiones casi llevo al final de mi consideración sobre una reforma del trabajo del partido–, un partido popular como el PAN pero también el CDU, tienen que ser fortalecidos en sus bases. No hace falta que sedes centrales de los partidos sean cada vez más grandes, sino hay que fortalecer las unidades de organización locales y regionales que sirven de comunicadores y moderadores de procesos políticos in situ.

Estas observaciones y reflexiones críticas van dirigidas sobre todo a los grandes partidos populares en las democracias consolidadas en Europa del Oeste, donde los partidos todavía están arraigados en las imponentes tradiciones de la democracia cristiana, de la socialdemocracia, del liberalismo político o del conservadurismo. Ahí siguen siendo organizaciones grandes que crecieron en el transcurso de la historia y todavía cuentan con el respaldo de amplios ámbitos sociales y asimismo existen supuestos ideológicos que se remontan hasta la segunda mitad del siglo XIX, el tiempo de la industrialización. Estas tradiciones siguen siendo factores importantes para la identidad de muchos partidos y contribuyen a la cohesión interna.

La situación de los nuevos partidos en Europa Centro-Oriental después de la caída de las dictaduras comunistas se presenta de manera esencialmente diferente. En nuestras reflexiones no se van a tomar en cuenta Europa Oriental ni Europa del Sur, ya que para estas regiones el análisis sería más crítico aún. Estos nuevos partidos en Polonia, Hungría, la República Checa, Eslovaquia, Eslovenia y los estados bálticos, para nombrar los más importantes, surgieron de movimientos de oposición, y en la mayoría de los casos no podían continuar una tradición democrática de los partidos, ni tampoco contaban con el apoyo de un ámbito social propio, porque éstos habían sido destruidos de manera sistemática durante el ejercicio de gobierno en el transcurso de varias décadas. Por consiguiente, especialmente, los partidos nuevos en estas democracias se concentraron en primer lugar en ganar cargos gubernamentales y en muchos casos esto iba de la mano con un amplio patrocinio de los cargos políticos. Además, empezaron rigurosamente reformas dolorosas de gran alcance para la reconstrucción del orden económico y social. Una de las consecuencias fue que los partidos pos-comunistas que habían tenido el poder antes y que ahora se convirtieron en partidos socialistas-socialdemócratas reaparecieron relativamente rápido en el escenario político, y a partir de los años noventa también formaron parte del gobierno en varios casos. Es una ironía de la historia que especialmente los partidos anteriormente comunistas en las democracias jóvenes hasta hoy en día sean los únicos en tener una organización íntegra para todo el partido y en contar con el respaldo de un ámbito social estable (el del anterior *establishment* comunista) y además se aprovechen de las nuevas condiciones democráticas. Frente a ello, los partidos jóvenes, los verdaderos responsables de las revoluciones democráticas y de la transformación del sistema se atuvieron a un concepto muy limitado de los partidos políticos.

Muchos mostraron muy poco o ningún interés en cuestiones como la creación de una estructura organizacional íntegra para el partido, obtención de militantes, la democracia dentro del partido, el trabajo programático, la comunicación continua y el fomento de las nuevas generaciones. Mis diversas actividades de asesoría en estos países tuvieron muy poco impacto, ya que el interés predominante para los partidos fue la rápida ganancia de las elecciones, y en la mayoría de los casos en las siguientes elecciones perdieron esta ventaja. Los partidos como organizaciones complejas con su propio peso político y una propia vida

dentro son conceptos inconcebibles o hasta sospechosos para muchos políticos en Europa del Este. Su visión de un partido está concentrada en cuestiones de marketing político y en las campañas electorales. Las últimas, obviamente, son una parte central del trabajo de un partido, pero sin fundamento programático no llegan muy lejos. Los partidos tienen que trabajar a largo plazo.

Según mis observaciones, el hecho de que los partidos en los estados de Europa Centro-Oriente se entendieron a ellos mismos, en primer lugar, como agencias para las campañas electorales y de marketing, no fue resultado de la presión de tiempo bajo la cual se constituyeron y tenían que trabajar, sino en muchas ocasiones tuvo que ver con las actividades de asesoramiento por parte de ONGs estadounidenses que intentaron implementar el sistema de partidos de ese país sin que contaran con las condiciones previas teórico-democráticas y sociales en estas sociedades poscomunistas. Por consiguiente, los partidos en Europa Centro-Oriente hasta hoy por lo común son organizaciones apartadas de la realidad, superestructuras artificiales sin arraigo social alguno que flotan por arriba de la sociedad como un mero cuerpo de funcionarios. La estabilidad democrática no puede desarrollarse así. Los sistemas de los partidos en las democracias jóvenes en Europa Centro-Oriente son frágiles hasta el presente. Todavía están en vías de desarrollo y siguen amenazados en su existencia.

Se podrían mencionar muchas cosas más de las experiencias en el transcurso de muchos años en el asesoramiento de partidos en Europa del Este y en Latinoamérica. Pero antes de charlar, prefiero terminar rápido:

Desde luego soy consciente de que algunas de mis exigencias por reformar los partidos suenan poco realistas y a lo mejor no sean viables. Pero no hay cosa más perjudicial para la democracia que siempre tener en cuenta y anticipar la viabilidad y la oportunidad de las reflexiones antes de formularlas en público. Pues entonces no se podrá desarrollar ningún diálogo público que algún día tenga frutos. Sólo a través del diálogo abierto se puede ganar al número que siempre está limitado de estos ciudadanos activos a los que no puede renunciar ni la democracia ni los partidos.

